

DE REGIONALISMO

Nunca tan pujante como ahora, frente a la inercia política, ha surgido el regionalismo, pidiendo apoyo a la hidalguía, lema de nuestro yo. El predominio suyo se extiende, se afianza en el punto en que todos los abnegados amantes de España se aprestan, en cruzada no menos brava, a defenderlo e instaurarlo.

Anteriormente a esta época, el regionalismo, para quienes no sabían lo que era, ostentaba el plumaje de un airón antipatriótico; le apellidaban separatismo y el sólo nombrarlo constituía un agravio de concepto antiespañol. Pronto hubieron, sin embargo, de desvanecerse semejantes criterios, por carecer de fundamento, por encerrar una aviesa interpretación. La cultura del país sabía que dichas apreciaciones habían sido ideadas por los enemigos de él; por los que no deseaban ese engrandecimiento, esa tan necesitada como necesaria regeneración en cuyo alborar estamos rehaciéndonos nuevamente, preparándonos para lo porvenir. Así este sistema de juzgar, propio de pícaros, ocasionó una indecisión: el noño temor que siempre, entre nosotros ha habido y habrá por las instituciones nuevas y los salvadores ideales que tratan de estirpar corruptelas y favoritismo.

En los tiempos que corren, todo está avasallado por las pequeñeces políticas del partidismo y la nombradía de unos cuantos; por el influjo y la protección repartidos entre unos satélites sin credo ni ideal; por el egoísmo de unos valores intelectuales, indiferentes, que se llaman próceres y prestigios nacionales, quienes con los mismos programas usados y manifiestos retóricos de sus antecesores, predicán redenciones que nunca llegan ni se implantan.

Así hemos vivido siglos y siglos y así seguimos viviendo; insensibles, sin el arresto de un impulso, de una rebeldía o una decisión. Por tanto, continuar así, en tan peligrosa textura, podrá conducirnos a sombrías complicaciones de carácter grave, mucho más grave que las que padecemos ya. Estábamos en un pleno adormecimiento que debía de cesar y cesó en bien del cambio que deseaba iniciarse. Porque con los procedimientos, con las modalidades arcaicas de encauzar las debilitadas fuerzas del país, sin el entusiasmo, sin el conocimiento, sin la percepción, sin el tacto que evite las turbaciones del orden, percances letales para el equilibrio nacional, las utilidades de los gobernantes resultan que se trocaban en inutilidades para el país.

Permanecían y permanecen aún las regiones desamparadas, sin organización directora, viviendo como hace muchos lustros del venero inagotable de su riqueza interior; pero sin explotar sus frutos, sin prevenirse contra la escasez general que la guerra siembra por todas partes.

La aplicación de las conveniencias regionalistas acarreó gran plenitud de obstáculos; al pie de su manifiesto, plumas alevosas escribieron vocablos crueles. Era precisa, a toda costa, una reacción salvadora, y por su difusión rompieron las primeras laizas. Por eso, con la resistencia de la piedra, cerca

de la brecha, unos hombres íntegros, limpios de conciencia, amantes de la cuna donde nacieron y férreos de voluntad velaban. Ya que en las actuaciones de los políticos no había ni equidad ni desinterés, ni beneficiosos aciertos, y en cambio sí preferencias y distinciones injustas, por cuanto que en los repartos de privilegios, mejoras y reformas ya económicas o sociales, pocas alcanzaban a las regiones. De aquí previno en seguida la general unión.

Así, pues, ¿cómo sentirse indiferentes, cómo abandonar, cómo olvidarse del pedazo de tierra querida donde nacimos; de ese pedazo de tierra donde asienta la solariega casa de nuestros mayores; de las calles que nos guardan una evocación de la niñez o de la adolescencia?

Todos esos sentimientos psicológicos y morales troquelaron el Regionalismo; todos esos sentimientos enaltecidos por la hidalguía del deber fueron reclutando partidarios.

Sabíase que los diputados, representantes, a veces no por unanimidad de un núcleo de ciudadanos, iban al Parlamento en calidad de figuras decorativas que afirmaban con la mayoría, o protestaban con la mayoría misma, sin preocuparse de más, cuando precisamente, lo primero que hace falta tener para representar una región, es más talento que dinero, más cerebro que fachenda, más conciencia y sentido práctico de las cosas que no ampulosa palabrería fútil.

Por estas y otras causas, en presencia de tales nulidades la nueva orientación cuajó. Cada región con autonomía limitada se gobernaría por sí sola, pero siempre bajo la tutela de la «madre de todos» y bajo la soberanía administrativa de una gran fuerza mental.

En las mil palancas que los gobernantes tienen que manipular de ese motor del Estado; en los mil problemas cuya resolución no estudian porque se encuentran solos, porque asuntos a su cargo quédanse en prensa, sin resolver, porque dan valor a trivialidades sin importancia, menester es que cada región rijase por sus propias iniciativas y medios, o por mejor decir, que a los naturales de cada región, se les deje obrar, trabajar, desarrollar los programas de su numen y complementar los trabajos de los ministros.

En la pangenesis del hombre está la reforma de los métodos para gobernar. Debe darse acceso a las doctrinas nuevas, a las doctrinas que acrecienten el progreso de España para que nos juzguen de otra suerte. Por estas circunstancias, la noble y patriótica doctrina del regionalismo va triunfando de las asechanzas, paulatinamente, pero va triunfando, pues como más ventajosa y más lícita, como más equánime, esta orientación tuvo y tiene numerosos partidarios y numerosos subordinados a la idea; hidalgos celosos que, confabulados fraternalmente, sin egoísmos y ya preparados en facción para remozar las achacosas y seniles instituciones, semilleros de favoritismos e ilegalidades, defienden su credo con la razón por lema y la justicia por escudo.

JOSÉ LUIS LOPEZ MORELLO